

al polo (1). Mr. de Malesherbes se encargó de presentar mis planos al gobierno, y entonces oyó este los primeros fragmentos de la obra que hoy publico. La revolución destruyó todos mis proyectos. Cubierto con la sangre de mi hermano único, de mi cuñada y de su ilustre y anciano padre; habiendo visto morir á mi madre y á otra hermana de talento esclarecido, á consecuencia de los malos tratamientos que habia experimentado en los calabozos, vagué por tierras extrañas, donde fue asesinado en mis brazos el único amigo que conservaba (2).

De todos mis manuscritos relativos á América, solo he salvado algunos fragmentos, y en particular la *Atala*, que no es mas que un episodio de los *Natchez* (3). *Atala* ha sido escrita en el desierto, y bajo las chozas de los salvajes; ignoro si agrada al público esta historia que se aparta de todo lo conocido hasta hoy, y presenta una naturaleza y unas costumbres completamente extrañas á Europa. En la *Atala* no hay aventuras; es una especie de poema (4) en parte descriptivo y en parte dramático: todo consiste en la pintura de dos amantes que marchan y cazan en la soledad, presentando mi cuadro las turbulencias del amor en medio de la calma de los desiertos. He procurado dar á esta obra las formas mas antiguas, y la he dividido en prólogo, narracion y epilogo. Las principales partes de la narracion toman una denominacion especial como los cazadores, los labradores, etc.; no de otro modo cantaban bajo diversos títulos los fragmentos de la *Iliada* y de la *Odisea*, los rapsodas de la Grecia en los primeros siglos.

Diré tambien que mi objeto no ha sido arrancar muchas lágrimas, pues me parece un error peligroso, propalado como tantos otros por Voltaire, que *las obras de mérito son aquellas que mas hacen llorar*. Dramas hay de los que nadie querría ser autor, y que desgarran el corazón, aunque de una manera muy distinta que la Eneida. No es ciertamente grande un escritor porque ponga el alma en tortura, pues las verdaderas lágrimas son las que hace correr una bella poesía, á la que vaya unida tanta admiracion como dolor.

Hé aquí las palabras que Priamo dirige á Aquiles:

Ἄνδρὸς κραιδωροῖο ποτὶ στόμα κείρ' ὀρέσθηαι.

Juzga el exceso de mi desgracia, al tener que besar la mano del que ha dado muerte á mi hijo.

Así exclama José:

Ego sum Joseph frater vester, quem vendidistis in Ægyptum.

Yo soy José vuestro hermano, á quien vendisteis para Egipto.

Estas son las únicas lágrimas que deben humede-

(1) Mr. Mackencio ha ejecutado despues una parte de este plan.

(2) Estuvimos ambos cinco dias sin comer.

Mientras que mi familia era destruida de este modo, aprisionada ó desterrada, una de mis hermanas, que debia su libertad á la muerte de su marido, se hallaba en Fougères, pequeña ciudad de Bretaña. El ejército realista llegó, y presos ochocientos hombres del republicano, fueron condenados á ser pasados por las armas, pero mi hermana se echó á los pies de Mr. de La Rochejaquelein y consiguió el perdón de los prisioneros. Voló inmediatamente á Rennes, se presentó al tribunal revolucionario con los certificados que probaban habia salvado la vida á ochocientos hombres, y solo pidió por única recompensa se pusiese en libertad á sus hermanas. El presidente del tribunal le respondió: *Sin duda serás una pícaro realista que mandaré guillotinar, pues los enemigos tienen tantas deferencias contigo. Por otra parte la república no te debe ningun favor: tiene demasiados defensores, y le falta pan.* Hé aquí los hombres de que Bonaparte ha librado á la Francia!

(3) Véase el prefacio de los *Natchez*.

(4) Necesito advertir que si me sirvo de la palabra poe-

cer las cuerdas de la lira. Las Musas son mujeres celestiales que no desfigurán sus facciones con artificios, y cuando lloran lo hacen con el secreto designio de embellecerse.

Por lo demás, no soy como Rousseau, un entusiasta de los salvajes, y aun cuando tenga tal vez tanta razon para quejarme de la sociedad como aquel filósofo tenia para alabarla, no creo que el estado de *pura naturaleza* sea el mejor del mundo. Yo lo he hallado demasiado deforme por do quiera he tenido ocasion de verlo, y lejos de juzgar que el hombre que piensa es un animal depravado, creo que el pensamiento es lo que constituye el hombre. La palabra *naturaleza* lo ha desfigurado todo. Pintemos la naturaleza, pero la naturaleza bella, puesto que el arte no debe ocuparse en reproducir las monstruosidades.

La moralidad que he querido sacar de la *Atala*, es fácil de descubrir; y como está reasumida en el epilogo, no la repetiré en este lugar, anticipando tan solo algunas palabras acerca del carácter de Chactas, amante de Atala.

Este es un salvaje ya medio civilizado, puesto que no solo sabe las lenguas vivas, sino que conoce las muertas de Europa. En este concepto debe expresarse en un estilo intermedio y conveniente á la línea en que marcha, colocado entre la sociedad y la naturaleza. Esto me ha proporcionado alguna ventaja, haciéndole hablar en lengua salvaje para pintar las costumbres, y en europeo en el drama de la narracion. Sin esto me hubiera sido preciso renunciar á la obra, pues si me hubiera servido siempre del estilo indio, *Atala* hubiese estado en griego para el lector.

Respecto al misionero, es un sencillo sacerdote que habla sin sonrojarse de la cruz, de la sangre de su divino Maestro, de la corrupcion de la carne, etc.; en una palabra es el sacerdote, tal cual es. Sé que es difícil pintar un carácter semejante sin despertar en la mente de ciertos lectores ideas ridiculas. Si no lo consigo haré reír. Júzguese.

Réstame solo una cosa que decir: ignoro por qué casualidad ha excitado la atencion pública, mucho mas de lo que esperaba, una carta que dirigí á Mr. Fontanes. Yo creia que unas cuantas líneas de un autor desconocido pasarian desapercibidas; pero esto no obstante los papeles públicos parece han tenido una especie de complacencia en ocuparse de ella. Reflexionando acerca de este capricho del público, que ha fijado su atencion en cosa de tan poco valor, pensé podria ser el título de mi gran obra el *Genio del Cristianismo*, etc. Tal vez se haya pensado se trataba de un asunto de partido, y que en ese libro me desataria en improprios contra la revolucion y los filósofos.

Al presente está permitido sin duda, bajo un gobierno que no proscriba ninguna opinion pacífica, tomar la defensa del Cristianismo, pues si hubo un tiempo en que solo tenían derecho á hablar los adversarios de aquella religion, hoy la liza está abierta, y los que piensan que el Cristianismo es poético y moral, pueden decirlo en alta voz, como los filósofos pueden sostener lo contrario. Me atrevo á creer que si la gran obra que he emprendido, y que no tardará en ver la luz pública, hubiera sido escrita por una mano mas hábil que la mia, la cuestion seria decisiva.

De cualquier modo que sea, estoy obligado á declarar que en el *Genio del Cristianismo* he prescindido de la revolucion, y en general he guardado una medida que, segun todas las apariencias, no se tendrá conmigo.

ma es porque no sé hacerme entender de otro modo, pues no soy de los que confunden la prosa y el verso. El poeta, dígame lo que se quiera, es siempre el hombre por excelencia, y volúmenes enteros de prosa descriptiva no valen cincuenta hermosos versos de Homero, Virgilio ó Racine.

Háseme dicho que la mujer célebre (1) cuya obra formaba el asunto de mi carta, se ha quejado de un pasaje de ella. Permitirásme me tome la libertad de observar que no he sido yo el primero que ha empleado el arma que se me reprocha, y que me es odiosa, pues no he hecho otra cosa que rechazar el golpe que se dirigia á un hombre cuyo talento me he hecho un deber en admirar, y cuya persona amaré siempre tiernamente. Muy lejos he estado de ofender; pero si así ha sucedido, puede borrarse ese pasaje. Además, cuando se tiene la brillante existencia y el talento de madama Stael fácilmente se deben olvidar las pequeñas heridas que pueda hacer un solitario y un hombre tan ignorado como yo.

Diré por fin acerca de la *Atala*, que el asunto no es enteramente invencion mia, pues es cierto hubo un salvaje en las galeras y en la corte de Luis XIV, así como lo es tambien que hubo un misionero francés que hizo las cosas que narro, no siéndolo menos que he hallado á los salvajes de los bosques americanos transportando los huesos de sus antepasados, y á una jóven madre exponiendo el cuerpo de su hijo en las ramas de un árbol. Algunas otras circunstancias tambien son verdaderas, pero como no son de un interés general, las he omitido.

PRÓLOGO.

La Francia poseia antiguamente en la América Septentrional dilatados dominios, que se extendian desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las costas del Atlántico hasta los lagos mas remotos del Alto-Canadá.

Cuatro rios caudalosos, cuyos manantiales están en las mismas montañas, dividen aquellas inmensas regiones: el San Lorenzo, que se pierde hácia Oriente, en el golfo á que da su nombre; el rio de Occidente, que tributa sus aguas á mares ignorados; el Borbón, que se precipita de Mediodía á Norte, en la Bahía de Hudson; y el Meschacébé, verdadero nombre del Misisipi, que corre de Norte á Mediodía hasta perderse en el golfo de Méjico.

Riega este rio, en una extension de mas de mil leguas, una deliciosa region, denominada por los habitantes de los Estados-Unidos, el *Nuevo Eden*, y conocida por los franceses con el dulce nombre de *Luisiana*. Otros mil rios, tributarios del Meschacébé, el Missouri, el Illinois, el Akanza, el Wabache y el Tenaro, la benefician con su limo y la fertilizan con sus aguas. Cuando estos rios corren engrosados por las lluvias del invierno, y las tempestades han derribado bosques enteros, los árboles arrancados se agrupan en los manantiales. A poco tiempo, el légame los asegura, las lianas los enlazan, y las numerosas plantas que en ellos se arraigan, concluyen por consolidar aquellos despojos, que arrastrados por las espumosas olas, siguen la corriente del Meschacébé. Este se apodera de ellos, los impele hasta el golfo Méjicano, y encallándolos en los bancos de arena, acrecienta el número de sus bocas. De tiempo en tiempo levanta su voz poderosa al pasar por los montes, y derrama sus desbordadas aguas, Nilo de los desiertos, en derredor de las columnas de los bosques y las pirámides de los sepulcros indios. Empero, como la gracia se muestra siempre unida á la magnificencia en las escenas de la naturaleza, hé aquí que mientras la corriente del centro empuja al mar los ya inertes pinos y encinas, en las dos corrientes laterales se ve subir á lo largo de las orillas, flotantes islas de pistia y de nenúfar, cuyas rosas amarillas desuellan á manera de pequeños pabellones. Las ser-

(1) Madama Staël.

pientes verdes, las garzas reales azules, los flamencos de color de rosa, y los escamosos cocodrillos se embarcan, cual osados navegantes, en aquellos bajeles de flores; y la feliz colonia, desplegando al viento sus velas de oro, aborda en tranquilo sueño alguna oculta ensenada del rio.

Las orillas del Misisipi presentan el mas sorprendente panorama. En la margen occidental, las sábanas se extienden hasta perderse de vista, y alejándose sucesivamente, parecen desvanecerse en el azul del cielo; en estas praderas sin límites se ve vagar á su capricho rebaños de tres á cuatro mil búfalos silvestres. Tal vez, un decrepito bisonte, hendiendo las revueltas ondas, va á acostarse en las altas yerbas de alguna isla del Meschacébé. Al ver su frente adornada de dos medias lunas, y su barba añosa y cubierta de limo, pudiera creérsele el dios del rio, que dirige una mirada altiva á la extension de sus aguas y á la salvaje riqueza de sus orillas.

Si tal es la perspectiva de la orilla occidental, la oriental cambia por completo para formar un admirable contraste con aquella. Inclinados sobre las límpidas corrientes, agrupados sobre los peñascos y las montañas, ó dispersos por los valles, vistosos árboles de todas formas, de todos colores y perfumes, se confunden, crecen á la par, y se pierden en el aire á desmesurada altura. Las vides silvestres, las bigonias y las coluquintidas se entrelazan al pie de estos árboles, escalan sus ramas, se asen á sus copas y pasan del arce al tulipero, y de este al alceó, formando mil grutas, mil bóvedas y pórticos. Y acontece que perdidas de árbol en árbol, estas lianas atraviesan los diferentes brazos de los rios, sobre los cuales forman maravillosos puentes de flores. En el seno de estas enramadas levanta la magnolia su cono inmóvil, terminado en anchas rosas blancas, dominando todo el bosque, sin otro rival que la palmera, que mece levemente á su lado sus frondosos abanicos.

Multitud de animales colocados en aquellos retiros por la mano del Criador, esparcen en ellos el encanto y la vida. Desde la extremidad de las espesas arboledas descúbrense los osos, que ébrios con el zumo de la vid, vacilan sobre las ramas de los olmos; los caribús se bañan en un lago, y las ardillas negras se solazan en los espesos ramajes, en tanto que los pájaros-burlones, las palomas de la Virginia, del tamaño de un pájarillo, bajan á los céspedes enrojecidos por las fresas; los papagayos verdes, de cabeza amarilla, los pico-verdes encarnados y los cardenales de color de fuego, saltan y giran en la extremidad de los cipreses; los colibris centellean sobre los jazmines de las Floridas, y las serpientes-cazadoras silban sobre los bosques y se columpian en ellos, á semejanza de las lianas.

Mas, si todo es silencio y reposo en las sábanas de la opuesta orilla del rio, todo aquí, por el contrario, es movimiento y murmullo: los picotazos de las aves en el tronco de las encinas; el rumor de los animales que marchan, pacen ó trituran entre sus dientes los frutos de los árboles; el murmurio de las aguas; los débiles gemidos, los sordos mugidos y los dulces arrullos, llenan los desiertos de grutas y salvajes armonías. Pero cuando el viento anima aquellas soledades, y estremece los cuerpos que flotan, confundiendo aquellas masas blancas, azules, verdes y de color de rosa; cuando mezcla todos los colores y reúne todos los murmullos, se exhalan tales rumores del fondo de los bosques, y la vista admira tales escenas, que fuera intento vano describirlas á los que no han recorrido aquellos campos primitivos de la naturaleza.

Despues del descubrimiento del Meschacébé por el padre Marquette y el desgraciado La-Sala, los primeros franceses que se establecieron en el Biloxi y la Nueva-Orleans, contrajeron alianza con los Natchez,

